

Lecturas y teoría de la degeneración en *Libro extraño* de Francisco A. Sicardi

Griselda Gugliara

Resumen

Las escenas de lectura son una de las matrices narrativas omnipresentes en la literatura decimonónica en general. Desde el modelo de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert o *Villette* de Charlotte Bronte, hasta *María* de Jorge Isaacs o *Sobremesa* de José Asunción Silva, los personajes de las novelas del siglo XIX leen. Y puede considerarse, entonces, que la ficcionalización de la lectura se convierte en esta etapa en recurso privilegiado para poner al lector ante cuestiones religiosas, educativas, culturales, políticas, sociales y científicas, desde la fabulación de las implicaciones de su práctica misma. En las novelas argentinas de la época, el *Libro extraño* de Francisco A. Sicardi se destaca por ser una saga organizada en torno de las escenas de lecturas regenerativas o degenerativas, en un momento en que el liberalismo y el conservadurismo pugnaban por imponer una 'razón' para el Estado nacional.

Palabras clave: lectura, degenerativo/a, regenerativo/a, ideología, ciudadano, progreso.

Readings and the theory of degeneracy in *Libro extraño* by Francisco A. Sicardi

Abstract

The reading scenes are omnipresent narrative matrices in the decimononic literature. From Gustave Flaubert's *Madame Bovary* or Charlotte Bronte's *Villette* till Jorge Isaacs's *María* or José Asunción Sliva's *Sobremesa*, the characters of the XIX Century novels read. Then the fictionalization of such reading scenes becomes a privileged resource to make the reader face religious, educational, political, social and scientific matters through the implications of their practice in written words. Among the contemporary Argentine novels, Francisco A. Sicardi's *Libro Extraño* is an outstanding *saga* structured upon regenerating and degenerative reading scenes during a significant historical period, when liberal and conservative politics struggled to impose a reason for the creation of the national state.

Key words: reading, degenerating, regenerative, ideology, citizen, progress.

Narratives of illness, whether in medical case histories, advice manuals, or literary texts, could shape individual experiences of suffering. They could also shape how people perceived relationships between mind and body, self and the other, private and public spheres.

Athena Vrettos
*Somatic Fictions: Imagining Illness
in Victorian Culture.* 1995.

La literatura contemporánea no es, en efecto, sino una vasta clínica. Lejanos y olvidados están ya los tipos heroicos o sencillamente bellos y rebosantes de salud y moral que en un tiempo sugestionaban al público de los teatros y pasmaban la admiración a los lectores de novelas. Tanto en el teatro como en el libro no respiramos ya el aire sano y oxigenado de las grandes alturas morales; vivimos en la mifítica atmósfera de la planicie sentimental, en el ambiente fumoso y ensordecedor de las grandes ciudades, donde el hombre lejos de ser dueño de sus acciones, es siervo de la atmósfera que le rodea, donde reina soberana la degeneración, esa triste palabra niveladora con la que tratan de representar los artistas las bajezas y las infamias de nuestra época tumultuosa y bellaca.

Scipio Sighele
Literatura trágica. 1902

Las escenas de lectura son una de las matrices narrativas omnipresentes en la literatura decimonónica en general. Desde el modelo de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert o *Villette* de Charlotte Bronte, hasta *María* de Jorge Isaacs o *Sobremesa* de José Asunción Silva, los personajes de las novelas del siglo XIX leen. Y puede considerarse, entonces, que la ficcionalización de la lectura se convierte en esta etapa en recurso privilegiado para poner al lector ante cuestiones religiosas, educativas, culturales, políticas, sociales y científicas, desde la fabulación de las implicaciones de su práctica misma. Como ha señalado Susana Zanetti:

[...] las ficcionalizaciones fabulan concreciones de lectura, que favorecen la aceptación del lector postulado en la novela. Hacen selecciones de lecturas posibles y apelan al lector con esa ficcionalización de sí. Los libros aparecen como objetos semiológicos e ideológicos en las tramas narrativas, contribuyendo a la construcción de figuras de lectores y lectoras con una frecuencia notable. Se fabulan sus hábitos, sus poses, los espacios en que la lectura se concreta. (Zanetti 1997: 129)

Los personajes leen en el interior de los relatos y, porque lo hacen, se curan o se enferman. La idea de que el *corpus* textual contiene historias que narran la vida de los individuos, sus hábitos, herencias, emociones y/o sufrimientos, y que los médicos son los privilegiados intérpretes de esas historias, provee a la profesión médica de una estructura narrativa para la revelación de ‘verdades’ sociales y científicas. De esta manera, el cuerpo humano se convierte en uno de los símbolos más comprometidos en la definición cultural (Vrettos 1995: 8) y en uno de los ‘instrumentos’ más utilizados con propósitos ideológicos. Las tramas narrativas que exhiben un cuerpo enfermo pueden construir en sus lectores un amplio espectro de representaciones o ficciones somáticas, sobre todo, si el cuerpo individual ‘degenerado’ adquiere características de cuerpo social.

A fines del siglo XIX, los intentos persistentes de escritores y médicos por localizar en el cuerpo el origen de las divisiones sexuales y sociales, por crear un clanotipo fisiológico que explicara el significado de la diferencia racial y reestableciera un sentido de orden material y social encontraron en la fisiología un medio de controlar cuestiones potencialmente conflictivas. Dicha ciencia proveía el material para el análisis de las patologías y la búsqueda de sus causas y plausibles tratamientos. Así cobraron importancia las figuras opuestas del sujeto sano y del sujeto enfermo que dieron lugar a la construcción discursiva del Sujeto y del Otro y, a partir de ese momento, formaron parte de las dos grandes ramas ideológicas de finales del siglo XIX: la evolución social y la degeneración, basadas en las teorías biológicas de Jean Baptiste de Monet, Chavalier de Lamarck y Charles Darwin.

En el espacio literario, entonces, se establecieron lecturas regenerativas y lecturas degenerativas que de alguna manera ficcionalizaban las ideologías previamente mencionadas: las primeras asociadas a la ficción ideal de unidad que promovían la fortaleza de la sociedad y que giraba en derredor de los clásicos y del Evangelio; las segundas ligadas a la desintegración racial, nacional y cultural que promovían las obras realistas o naturalistas, con un efecto fragmentario sobre la voluntad del Otro ‘degenerado’ –individuo o sociedad– que se transformaba en una potencial amenaza para el orden burgués recientemente establecido.

La *dégénérescence*, como la imagen negativa de la unidad, desbordó el campo biológico y tuvo marcadas resonancias de carácter terminal en las visiones apocalípticas del socialismo, el conservadurismo y el liberalismo (Pick 1989: 42). La unidad, por otra parte, se relacionaba con el *ego*, el sujeto pensante representado por el científico, en especial el médico psiquiatra. Los intelectuales u ‘hombres de genio’ que intentaban reflejar la realidad social en sus obras –realistas y naturalistas–, desestimando el arte y la literatura ‘oficial’, fueron catalogados por la ciencia psiquiátrica como desequilibrados o enfermos (Huertas 1987: 150). Desde el momento en que el médico se consagrara como el perfecto sujeto pensante unificado, sus trabajos de investigación ocuparon

espacios en las publicaciones científicas más reconocidas y su discurso “proveyó a los escritores no sólo de presupuestos epistemológicos acerca del cuerpo y de una iconografía extensa de lo patológico, sino también de un criterio de autoridad para legitimar ciertos prejuicios sociales” (Nouzeilles 2000: 22).

En un período histórico en que el proyecto de nación giraba en torno a la ‘fabricación’ de ciudadanos y lenguas nacionales después de extinguidas las rebeliones civiles y consolidada la extensión territorial del Estado, los representantes del naturalismo argentino de fines del siglo XIX utilizaron dicho discurso en función de un objetivo primordial: narrativizar la identidad nacional de manera tal que fuese posible producir iguales pero, sistemáticamente expulsar de la comunidad imaginaria nacional a aquellos a los que se identificaba como variantes de lo ilegítimo y lo extranjero. Estas ficciones narrativas asumían la forma de genealogías familiares que, basadas en el principio de identidad biológica y reproducción sexual, aseguraban la continuidad del sujeto. A este respecto, parecía existir un pacto de sentido entre literatura, nacionalismo y saber médico en el que los naturalistas fundaron sus relatos orgánicos y su visión corporalizada de la nación (Nouzeilles 2000: 11-12). Entre las novelas argentinas de la época, el *Libro extraño* de Francisco A. Sicardi se destaca por ser una saga organizada en torno de las escenas de lecturas regenerativas o degenerativas, en un momento en que el liberalismo y el conservadurismo pugnaban por imponer una ‘razón’ para el Estado nacional. Parece necesario, en consecuencia, evaluar estas escenas de lectura.

Libro extraño: su contexto histórico

Desde mediados del siglo XIX, la Argentina se embarcó en lo que los contemporáneos llamaban el ‘progreso’, cuando en el mundo comenzó la integración plena del mercado y la gran expansión del capitalismo. Sin embargo, sus efectos se vieron limitados por varias razones; la principal de ellas fue la deficiente organización institucional, de modo que la tarea de consolidar el Estado fue de vital importancia. Lo primero fue asegurar la paz y el orden y el efectivo control sobre el territorio. Desde 1880 se consolidó un centro de poder fuerte, cuyas bases jurídicas se hallaban en la Constitución sancionada en 1853. A partir de allí, el Estado fue expandiendo sus instituciones y llegó a adquirir consistencia y solidez mucho antes que la sociedad que se encontraba en pleno proceso de renovación y reconstitución. Para facilitar la inserción de la Argentina en la economía mundial, el Estado abrió las puertas del país a las inversiones extranjeras, especialmente las británicas, asegurándose la infraestructura necesaria para obtener grandes dividendos. Esta expansión requirió abundante mano de obra, por lo que comenzó una promoción activa de la inmigración por parte del Estado. La entrada masiva de inmigrantes y el progreso económico –basado en un modelo agroexportador– remodelaron

profundamente la sociedad argentina que se convirtió, según José Luis Romero (1975), en una “sociedad aluvial, constituida por sedimentación, en la que los extranjeros aparecían en todas partes, aunque naturalmente no en la misma proporción” (p. 23).

Al comienzo la mayoría de los inmigrantes iba a las ciudades, pues allí estaba la más amplia demanda de trabajo. En ellas se mezclaban con los criollos y compartían la experiencia del hacinamiento y los bajos salarios. Muchos de ellos, impulsados por el afán de ‘hacer la América’ y quizás volver ricos y respetables a la aldea de donde habían salido miserables, concentraron sus esfuerzos en la aventura del ascenso individual, o más bien familiar. Quienes no lo lograron se quedaron aquí y desarrollaron formas de solidaridad, estimuladas por los militantes contestatarios. Entre ellos hubo quienes tuvieron éxito en la ‘aventura del ascenso’ y alcanzaron la casa, el negocio o taller propio y procuraron la educación de sus hijos: la educación primaria garantizaba la adquisición de una lengua nacional; la secundaria permitía ingresar a los empleos públicos; la universitaria, y el título de doctor, era el medio de acceso a los círculos cerrados de la sociedad constituida.

Sin embargo, mientras en la nueva sociedad los inmigrantes se mezclaban sin reticencias con los criollos y generaban nuevas formas de vida y culturas híbridas, las clases altas –capaces de dar la bienvenida a los extranjeros ricos y exitosos– se sentían tradicionales, afirmaban su argentinidad y se creían dueñas del país al que los inmigrantes habían venido a trabajar. Tuvieran o no riqueza antigua –en algunos casos lograda por medios dudosos– manifestaron una voluntad de cerrarse y marcar las diferencias.

Moldear y organizar esa sociedad en formación, según sus definidas convicciones acerca del progreso, y generar en ella el consenso necesario para las vastas transformaciones que se estaban desarrollando fue quizás la preocupación principal de la elite dirigente. El panorama que se presentaba era ciertamente inquietante: una masa de extranjeros, desarraigados, escasamente solidarios, sólo interesados en lucrar y en volver a su terruño, despertaba la indignación de quienes habían visto otrora en la inmigración el gran instrumento del progreso. Por otra parte, en el empeño de dar forma a esa masa, apareció un conjunto de competidores importantes: la Iglesia en primer lugar, aunque en el Río de la Plata su influencia era mucho menor que en el resto de Hispanoamérica; las asociaciones de las colectividades extranjeras, y particularmente la italiana, y luego los grupos políticos contestatarios, y sobre todo los anarquistas, que ya elaboraban para los sectores populares un proyecto de sociedad definitivamente alternativo. Frente a ellos, ese Estado todavía débil presentó combate y triunfó. Progresivamente fue extendiendo su larga mano –ciertamente visible– sobre la sociedad, tanto para controlar su organización cuanto para acelerar los cambios que aseguraban el progreso buscado. (Romero 2001: 27)

La imperiosa necesidad de crear marcos que encuadraran el progreso pronosticado movía a la adopción de importantes iniciativas. Las leyes del Registro Civil y de Matrimonio Civil, inspiradas en la legislación europea más progresista, impusieron la presencia del Estado en los actos más significativos de la vida del hombre –el nacimiento, el casamiento, la muerte– que luego se reforzaría en la regulación de la higiene, el trabajo y la educación. La búsqueda de soluciones respecto de estas ‘cuestiones sociales’ facilitó la

intervención de diferentes profesiones así como promovió el debate de ideas entre quienes buscaban promover una mayor intervención estatal y el desarrollo de programas asistenciales y de previsión. Las políticas públicas de salud dieron un marcado impulso a la profesión médica y legitimaron su trayectoria y organización. La estrecha relación existente entre el Estado y la comunidad de médicos diplomados permitió a estos últimos el ingreso a la política y la administración desde donde ejercieron influencia para alcanzar dos objetivos: defenderse de sus competidores –‘irregulares’ (1) y/o curandero/as– y “ofrecer una imagen de solidez y respetabilidad, para lo cual era imprescindible transformar los estatutos, planes de estudio y reglamentos de sus dependencias institucionales, venciendo todo tipo de oposiciones” (González Leandri 1996: 52). A partir de la conquista de tales posiciones, el discurso médico se transformó en la clave para vencer las ‘plagas sociales’ –alcoholismo, tuberculosis, enfermedades venéreas– que azotaban a la sociedad en formación. Las mismas fueron parte relevante de un discurso eugenésico que atribuía los problemas de degeneración y regeneración de la sociedad argentina a tres cuestiones recurrentes:

En primer lugar, el de la inmigración: ¿cuáles eran los inmigrantes deseados?, ¿qué hacer con los que ya estaban aquí y no se los deseaba?, ¿con qué criterios seleccionarlos?, ¿cómo optimizar ese recurso demográfico en la construcción de la ‘raza nacional’? El segundo de esos temas fue el del mejoramiento de los individuos y de la sociedad, la salud de cada uno y del cuerpo de la nación, el enfrentamiento de los males y enfermedades sociales y su prevención, la renovación moral y los modos de vida. Finalmente, el tema de la misma ciudad, percibida como un espacio de degeneración marcada no sólo por la velocidad del crecimiento y el hacinamiento reinante sino también por recurrentes imágenes punteadas por los miedos al contagio, la inmoralidad, el crimen y las amenazas de revuelta social. (Armus 1996: 93)

Las tres ‘plagas sociales’ constituyeron un núcleo patológico, especialmente corrosivo, sobre el que se articularon no sólo los discursos eugenésicos sino también los sociales, en los que se renovaron los temas del contagio, el peso de la herencia y los efectos del ambiente. En el campo específico de la salud, el lamarckismo y el neolamarckismo marcaron el pensamiento eugenésico argentino. Los discursos médicos, científicos y libertarios –diarios obreros– afirmaban que el medio constituía la causa principal de la conformación racial. Este discurso positivo y optimista “enmarcaba preocupaciones de mejoramiento individual, colectivo y ‘racial’” y postulaba el mejoramiento de las condiciones ambientales con el fin de modificar el capital genético de la población. En este contexto, los problemas de la herencia podían ser neutralizados a través de una crianza favorable, un entorno social ‘limpio’ y una educación pertinente. En este discurso antes que buscar la “pureza de la raza, se trataba de su mejoramiento y fortalecimiento” (Armus 1996: 97).

Sin embargo, en el campo de los discursos sociales, este discurso positivo y confiado se entremezclaba con otro de corte mucho más racista según el cual “el capital hereditario

de los sujetos determinaba el desenlace de su historia genealógica por el predominio de la ley del más fuerte” (Nouzeilles 2000: 74). La imagen arbórea que el darwinismo social inducía graficaba cuerpos colectivos en perpetuo cambio y crecimiento pero también remitía a dos sentidos de orientación contradictorios –hacia adelante o hacia atrás– en la trama evolucionista.

Si las ramificaciones indicaban un movimiento lento pero constante de crecimiento y perfeccionamiento del cuerpo colectivo, el desarrollo de los organismos coincidía con la idea de progreso y su utopía eugénica. Por el contrario, si se asumía que la evolución no seguía una direccionalidad única, bien podía darse que los organismos se debilitaran por la reproducción masiva de degradación mórbida. (Nouzeilles 2000: 75)

Según el paradigma darwinista, las leyes de supervivencia del mundo natural regulaban de igual manera el comportamiento de las sociedades nacionales; en su lucha por la subsistencia el organismo social debía defenderse de los elementos inferiores eliminándolos o excluyéndolos. De acuerdo con esta forma de pensamiento, el principio de selección natural sobre la herencia justificaba toda forma de persecución en pro de la evolución biológica y los cuerpos sociales ‘ideales’. El auge del nacionalismo étnico que esta ideología promoviera coincidía con la intensa crisis del progresivismo liberal que revelaba su lado oscuro en la existencia de ideas y políticas mundiales contradictorias.

En el campo de la producción narrativa, la modernización produjo la emergencia de dos orientaciones no excluyentes con respecto de la función de la escritura. Por una parte, la tendencia estetizante fijaba su especificidad en la pura forma y el manejo profesional del estilo; por otra parte, los usos políticos del realismo y sus variantes –la más extrema en el naturalismo– como aparatos simbólicos intentaban disciplinar al público. Ambas tendencias apelaron a la medicina como fuente irrefutable para construir sus relatos y legitimar definiciones contradictorias de la escritura profesional. Los escritores naturalistas argentinos utilizaron la figura del médico para respaldar la objetividad de sus ficciones y lograr efectos prácticos en la esfera pública y privada. ‘Cirujanos de cuerpos imaginarios’, los novelistas invadían la interioridad de sus pacientes de papel en busca del origen del mal.

El naturalismo argentino no se limitó a tomar prestados temas y técnicas del archivo médico, ni a construir escenas emblemáticas de sus pactos intertextuales. El punto de articulación más fuerte con la medicina se realizó en el nivel de la trama o argumento. El caso patológico y la serie hereditaria fueron los modelos para armar con que el naturalismo construyó sus ficciones somáticas de lo nacional. (Nouzeilles 2000: 67)

Libro extraño: una 'rara' saga nacional

Libro extraño de Francisco A. Sicardi es producto de aquella 'rara' sociedad y, por ello, es ante todo un texto intrincado, tal vez en respuesta a las circunstancias conflictivas con las que su autor debió convivir, o quizás, debido a su personalidad multifacética (2). El mencionado *corpus* textual recrea las prácticas históricas particulares de la sociedad argentina a lo largo de un cuarto de siglo, ficcionalizadas en cinco volúmenes que el autor publicara entre 1894 y 1902. Por un lado, tal como las antiguas sagas islandesas, *Libro extraño* presenta una imagen realmente abarcadora del contexto sociocultural en el que se origina, posee un amplio repertorio de personajes complejos funcionando en su núcleo familiar y vivifica la tradición oral en su esencia renovadora de las memorias del pasado. Por otro lado, pertenece al terreno literario de las sagas narrativas del realismo y del naturalismo francés que lo conecta con un vasto conjunto de saberes científicos y pseudocientíficos en torno de la herencia biológica. Las descripciones detalladas de paisajes, personajes y enfermedades avalan el discurso realista y la profesión de su emisor –médico– facilita la construcción de ficciones somáticas (3) a partir del mito de la erradicación definitiva de la enfermedad.

El mencionado *corpus* textual narra la historia de una familia medular, en torno a la que gira la trama narrativa –los Méndez– y que, a lo largo de la misma, se relaciona por cuestiones de parentesco, cercanía o beneficencia con las demás –los Del Río, los Paloche, los Valverde, la familia de Genaro, los Errécar– y con tres personajes 'asociales'(4): Desiderio, Herzen y Goga que completan el cuadro socio-político de la época ficcionalizada. Todas las familias ficcionales cohabitan en un espacio histórico inestable y sus miembros se debaten entre lazos de sangre que imponen obligaciones, patologías que se transmiten por vía hereditaria y un medio ambiente que las propicia, a través de lo cual Sicardi intenta evaluar “los límites y alcances de la teoría de la herencia en la configuración de lo social” (Salto 2002: 44). Las seis familias pertenecen a diferentes clases sociales con patologías diversas: Catalina y Carlos Méndez son miembros de la clase media criolla con acceso a todos los estamentos de la escala social debido a la profesión médica de Carlos. A pesar de los atributos positivos de este grupo, Méndez está signado por una debilidad psicopatológica heredada de un padre suicida. La familia Del Río es una de las familias criollas más antiguas del país; sus miembros lucharon en las guerras de la independencia y son guardianes de las tradiciones locales. Aunque relativamente sanos, sus representantes masculinos resultan improductivos en la etapa posterior a la organización del Estado nacional. La relación entre unos y otros se articula mediante el matrimonio de Carlos y Dolores, los dos miembros fundadores de la estirpe extraña que organiza los cinco volúmenes y se prolonga en sus hijos, Ricardo y Angélica, quienes parecen escapar del fatalismo hereditario puesto que han sido criados en el medio ambiente propicio –culto al hogar matriarcal, educación cristiana, lecturas apropiadas, trabajo honesto–.

Don Manuel de Paloche no se relaciona con una clase concreta sino que expresa la idea de una futura Argentina. Su familia es fruto de la promiscuidad racial colonial que procura ocultar en el anonimato que garantiza la vida urbana moderna. Cada uno de los integrantes de la familia Paloche sufre de alguna psicopatología extrema: Don Manuel es un megalómano que intenta ocultar su origen mestizo haciendo alarde de su nombre español; su esposa muere de parálisis general –un grado terminal de la demencia–; sus hijas, Clarisa y Adela revelan casos de histeria avanzada; su hijo, Juan, rudo y violento, es víctima de delirio de persecución. La relación entre Méndez y Paloche se mantiene ambivalente –médico-paciente, médico-‘mano-santa’– a lo largo de la narración y representa la contienda que se entabla en la sociedad entre médicos y curanderos por definir una imagen profesional.

El médico Valverde es un loco moral que reúne las características más negativas de la modernidad: materialista, positivista en extremo, libertino, seduce a sus pacientes inexpertas y cree firmemente en la influencia de las leyes biológicas sobre el mundo social. Su función primordial en el texto es crear conflicto. Su relación con Méndez data de la época en que ambos estudiaban Medicina pero ha dejado de ser fluida, mientras que entre los hijos, Ricardo y Germán, se traba una lucha ético-política.

La familia de Genaro representa el suburbio desgraciado por el crecimiento avasallador de la ciudad, desprotegido de las ‘plagas sociales’, heredero potencial de la degeneración. Con un padre inmigrante muerto, Genaro, su madre y la joven adolescente, Santa, componen ahora la familia de trabajadores sin oficio. Al comienzo de la historia, Genaro tiene un trabajo honrado con los Méndez que los hace merecedores de la dignidad que las familias burguesas atribuían a las familias indigentes que conservaban su virtud en la pobreza. Más tarde, “Genaro, por un lado, se ‘desgracia’ –y con ello a su familia– por lavar el honor de la familia, matando a su hermana y a su seductor, el lascivo Enrique Valverde; por otro, por defender a su antiguo amo, el médico Méndez, y también por el odio que le cobra al psicópata Juan Paloche, enamorado de la fiel novia de Genaro” (Gnutzmann 1998: 185), María. Estos acontecimientos ‘despiertan’ sus tendencias hereditarias que lo convierten en un asesino y alcohólico irreversible.

Los Errécar, de ascendencia vasca, son obreros inmigrantes más calificados que Genaro. Martín, el padre, después de padecer muchas miserias, logra acumular un pequeño capital con el que educar a algunos de sus hijos. Sano y honesto, constituye el inmigrante ideal, fantaseado por el proyecto burgués liberal. El hijo, Elbio Errécar, médico y activista político, es la corporalización del ideal eugenésico: la pureza racial, la fisonomía inteligente, el temperamento fuerte, la herencia libre de influencias regresiva componen el retrato de la inmigración regeneradora. Los Errécar y los Méndez se relacionan a través del matrimonio de sus respectivos hijos, Elbio y Angélica, que Sicardi transforma en el prototipo de la futura familia argentina. Elbio, heredero del potencial inmigrante y Angélica, heredera

de la tradición fundacional criolla y poseedora de las virtudes morales burguesas constituyen el romance fundacional perfecto.

Al concluir las tres primeras novelas de la serie, muchas de las familias textuales corren ‘peligro de extinción’. Del Río, Valverde, Genaro, Santa, Clarisa, María, Juan, don Juan de Paloche y su esposa han muerto y algunos de sus herederos acarrear el estigma de la degeneración. Germán Valverde

se convierte en lo que según las clasificaciones psicopatológicas de la época era un místico político de tipo mixto –herencia biológica e ideológica–. Como anarquista activo, presenta todos los síntomas del criminal innato y todos los signos reveladores de la degeneración física (tuberculosis, débil, epiléptico, cuerpo disminuido). Adela es un caso histérico de misticismo religioso que, presa de alucinaciones, practica en secreto las formas más sofisticadas de sadomasoquismo. (Nouzeilles 2000: 237)

La única familia sobreviviente es la formada por Carlos y Dolores que, aún así, ha sufrido los embates de la fatalidad, uno de sus tres hijos muere a causa de la enfermedad hereditaria de su padre; luego de un período estable, Carlos retoma sus tendencias suicidas y sus obsesiones monomaniacas que parecen prolongarse en la rama masculina de la familia. Ricardo Méndez sobrevive a la neurosis autodestructiva de su padre pero su debilidad constitutiva no le permite rebelarse contra los impulsos irracionales de su propio cuerpo. Finalmente, “se convierte en líder fanático de las agrupaciones católicas que procuraban intervenir sobre los problemas socio-económicos de las clases obreras en el cambio de siglo” (Nouzeilles 2000: 237). Por su parte, Angélica Méndez resume todos los aspectos positivos de la familia, valida la tríada del discurso lamarckiano –crianza favorable, entorno social ‘limpio’, educación pertinente– y logra neutralizar los efectos degenerativos de la teoría darwinista de la herencia.

Al concluir este análisis pormenorizado de las situaciones ficcionales, es pasible cuestionarse sobre la razón por la que sólo algunos personajes sobreviven al fatalismo hereditario y sólo uno de ellos evade sus efectos por completo. Con el propósito de constituir el romance fundacional perfecto, la trama narrativa debe sacrificar un gran número de lectores y lectoras degenerado/as para favorecer la ficcionalización de escenas de lecturas regenerativas que, no por casualidad, tienen lugar en espacios privados –hogares criollos, bien constituidos y católicos–, y en general, son colectivas. Los hogares de los Del Río y los Méndez ofrecen el entorno ideal para criar a los hijos en la fe católica y proveerles una educación tradicional basada en los libros como unidades vertebradoras del universo letrado.

Al comienzo de la saga, el abuelo Del Río le cuenta a su nieta leyendas de honor de los muertos por la patria y “las horas vagabundas del exilio y la miseria y el nombre conservado sin tacha” (Sicardi 1894: 103), que narran episodios previos a la formación del Estado nacional y emulan las ‘honestas historias’ que ella suele leerle. El hogar de los

Méndez es similar pero divergente; sobre él pesan herencias patológicas que son difíciles de contrarrestar. Catalina lucha por rescatar a Carlos de su tendencia suicida que parece reforzarse en lecturas individuales degenerativas que proyectan una imagen pesimista sobre los hechos históricos pasados y bloquean la idea de progreso en el futuro:

Todo leía; los poemas indios, las leyendas graníticas de los tiempos prehistóricos, el salmo, el himno y la epopeya, la crónica y la historia, ese romance doloroso, en que los pueblos se abrazan para marchar como síntesis hacia la muerte, conquistando y redimiendo una por una las cosas ideales en las ásperas bregas de sangre. (Sicardi 1894: 35-36)

Y en la degeneración de aquella gran nobleza del ejercicio de su profesión:

Veía algunos médicos arrebatarse los enfermos, hacer alquimia, murmurando el día entero de los demás, perde en las lubricidades del comercio vil las insignias caballerescas del sacerdocio. (Sicardi 1894: 37)

Es mediante las plegarias constantes y la lectura de la leyenda de Isabel de Insuriz y su vida ejemplar que Catalina logra regenerar a su hijo como hombre y como representante de una clase y una profesión, “la de médico que exige la abnegación y la entrega total a los pacientes” (Gnutzmann 1998:187).

Al contraer matrimonio con Carlos después de morir su abuelo, Dolores traslada su nuevo hogar a una casa “linda y aseadita con su patio grande de baldosas rosadas y nítidas” (Sicardi 1894: 169-170). Lleva consigo sus virtudes burguesas y un cúmulo importante de cuentos infantiles e historias fundadoras que luego narra a sus hijos y que Carlos conoce y utiliza para rescatarla del dolor causado por la muerte de su primogénito:

El le hablaba el suavísimo idioma de los recuerdos de amor, el divino diálogo de la chimenea de la vieja casa, entre las augustas memorias de la familia, cuando las rachas doblaban las copas de la arboleda y se precipitaban en la calle zumbando... Le narraba así cerca del oído, todas las infantiles imaginaciones de aquellos días celestiales, y los cuentos, y las leyendas que poblaban la sala de amables gestos y de sonrientes quimeras y sobre su espíritu dolorido comenzó a caer la blanda quietud del sueño (...). (Sicardi 1894: 178)

El estigma hereditario afecta una vez más a la rama masculina de la familia en Ricardo, quien comienza a leer textos nocivos que contribuyen a consolidar la matriz degenerativa que llega a su punto límite en *Libro extraño*:

- ¿Y por qué no trabajas, por qué no estudias si piensas eso?- proseguía la madre, en medio de la mayor emoción.

- Porque el tedio me taladra el espíritu. Esta inconsolable desolación quiebra mis propósitos y me encuentro débil sin haber hecho esfuerzos y desecho sin haber combatido. (Sicardi 1894: 186)

Angélica, su hermana, emplea la leyenda de Isabel de Insuriz que su abuela, Catalina, le leyera para apartarlo de la negativa influencia literaria que Werther –‘un espíritu enfermo,

un débil—, los románticos modernos y *Hamlet* de Shakespeare, entre otros, ejercen sobre él, empujándolo al suicidio. Una vez más, las oraciones piadosas y los valores maternos de las lecturas regenerativas esparcen su bálsamo reparador sobre los hombres de la familia que se alejan de las obras literarias degenerativas y comienzan a escribir sus propias fábulas.

En el hogar de los Paloche, los cuadros patológicos son diversos y variados agravados por un entorno familiar que no propicia lecturas ‘buenas’. Don Manuel lee libros de Medicina y literatura tras su propia panacea de convertirse en un médico diplomado o en un escritor de renombre:

Empezó a pasar noches enteras en la lectura de los libros de esta ciencia, con tan mala suerte y atascamiento tan extraordinario, que se transformó en un ser extraño y ridículo y llenó su casa de tristezas. (Sicardi 1894: 22)

Paloche era ilustrado. Había leído mucho. Se deleitaba en los grandes hechos históricos. Encontraba sublime la pasión de Jesús. Veía la gran trayectoria de la cruz a través de los siglos, pero cuando estudiaba las curaciones rápidas de esos enfermos, arrodillados a los pies del Nazareno, implorando salud, no encontraba lógico el milagro. (Sicardi 1894: 116)

A partir de su estrepitoso fracaso en ambos campos del saber que ilegitiman sus saberes pseudocientíficos y literarios, sucumbe ante las leyes hereditarias que presagian su enfermedad congénita y la caída de su familia degenerativa: Juan, su hijo, mata a Genaro y se convierte en homicida, su hija Clarisa se prostituye y su hija Adela, defraudada en su amor por Desiderio y víctima de una religiosidad equivocada, mortifica su cuerpo con cilicio.

Los Valverde, al igual que los Méndez —rama masculina—, sustentan la teoría de la herencia, aunque en su caso puntual no existe posibilidad alguna de salvación. Enrique Valverde, un ser corrupto y amoral, “engendra con una ninfómana a un alcohólico, perverso y lujurioso —también tuberculoso, de paso—, Germán Valverde; en su caso, el mal ambiente ha hecho el resto, ya que creció, abandonado por sus progenitores, en un sucio burdel” (Gnutzmann 1998: 200). La situación extrema de Germán se ve agravada por el acceso a lecturas anarquistas revolucionarias que llegan a sus manos:

El rencor se acumulaba en esas lecturas en el corazón de Germán. No era compasión por las víctimas; eran odios feroces para los opresores que se agigantaban por la mentira y las exageraciones de las pseudohistorias. Los libros son muy capaces de modelar almas, y ese corolario del lupanar y del cinismo que tuvo niñez triste, se hizo a través de aquellas páginas un adolescente tétrico. (Sicardi 1894: 427)

En el hogar de Genaro no hay escenas de lectura, sí de rezos y oraciones a la Virgen. Y es que a los fines socio-políticos de Sicardi no es necesario que lo hagan pues su destino degenerativo está planteado desde el origen de su padre, italiano y pobre.

[...] Y muchas veces cuando volvía de noche de su trabajo y yo estaba al lado de la vela de sebo, leyendo la cartilla, él me contaba las cosas de su tierra, —un pueblito todo blanco, al lado de la playa, donde los pescadores cantaban con las piernas desnudas hasta las rodillas, sacando en hileras paso a paso la red, que traía agua verde y pescados— [...]. (Sicardi 1894: 28)

La familia de Genaro pertenece al grupo de inmigrantes no deseados en la conformación del Estado nacional moderno –son enfermos y semiespecializados–, por lo tanto, están sentenciados desde un principio. Justamente lo opuesto sucede con los Errécar. Su descendencia vasca los ubica dentro de otra categoría de inmigrantes, son ‘libres trabajadores, robustos y sanos’, están libres de tendencias hereditarias, son los cuerpos sociales ideales que defenderán la idea de progreso; ellos “disfrutaban de las bondades de la ‘nueva raza’ exenta del estigma hereditario y de las lecturas perniciosas, pues los Errécar no son ni han sido lectores o escritores de literatura” (Salto 2002: 50).

Conclusión

Las escenas de lectura, sean degenerativas o regenerativas, permiten el ingreso de diferentes voces y textos representativos de gran parte de los integrantes de la ciudad de Buenos Aires pero también provenientes de otros contextos históricos. Sicardi invita al lector a participar de un juego intertextual que lo contacta con los espacios privados cotidianos y, a la vez, con los grandes movimientos literarios y filosóficos que moldearon el pensamiento moderno. Las plegarias nocturnas de las madres, las arengas callejeras de socialistas y anarquistas, los grandes poemas románticos modernos, las más célebres tragedias y epopeyas, las novelas experimentales y naturalistas y los saberes médicos y científicos confluyen en *Libro extraño* para alcanzar el objetivo socio-político más ambicioso de su autor: plasmar la historia argentina de su propia época con sus movimientos conflictivos y sus grandes transformaciones.

A partir de la matriz enfermedad-lectura-entorno familiar-sociedad, Sicardi estructura la trama ideológica de la novela y crea la ficción somática de lo nacional: la Argentina de fines del siglo XIX estaba enferma, había heredado algunas de las peores ‘patologías’ europeas: el anarquismo y el socialismo, y era necesario expulsarlas. Para ello, era imprescindible construir espacios apropiados de lecturas regenerativas; el hogar burgués, ‘conservador’ y fundador de las tradiciones nacionales ofrecía el entorno para involucrarse en una ‘buena’ lectura; y tal vez *Libro extraño* fuera una opción acertada.

Notas

(1) Ver González Leandri 1996.

(2) Sicardi era, ya entonces, un médico con cierto renombre clínico e intensas relaciones con el Partido Nacional. Había nacido en el barrio de Once, en una humilde familia de inmigrantes, pero su casamiento con Carmen Lezica lo había emparentado con una de las familias principales de la alta burguesía local. A partir de esta diferencia inicial, cristalizada en el apodo del loco Sicardi, había configurado una imagen de rareza, genialidad y locura que indicaba una posición atípica dentro del espacio social, un origen inmigratorio que

evocaba sospechas degeneracionistas, y una trayectoria médica que se distinguía también de las principales corrientes profesionales de la época (Salto 2002).

(3) Gabriela Nouzeilles (en el caso argentino) y Athena Vrettos (en el caso inglés) han elaborado el concepto 'ficciones somáticas' para referirse a relatos que exponen verdaderas ficciones somáticas de la identidad estructuradas por un proyecto epistemológico de la indagación e investigación de lo corporal.

(4) Que en lo político, literario y sexual, respectivamente, carecen de familia.

Bibliografía

- Armus, D. (1996). Salud y anarquismo. La tuberculosis en el discurso literario argentino, 1890-1940. En Lobato, M. Z. (Ed.), *Política, médicos y enfermedades*. Buenos Aires: Biblos.
- Gnutzmann, R. (1998). *La novela naturalista en Argentina (1889-1900)*, Ámsterdam: Rodopi.
- González Leandri, R. (1996). La profesión médica en Buenos Aires, 1852-1870. En Lobato, M. Z. (Ed.), *Política, médicos y enfermedades*. Buenos Aires: Biblos.
- Huertas García, A. (1987). *Rafael, locura y degeneración*. Madrid: Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia, CSIC.
- Nouzeilles, G. (2000). *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario, Santa Fe: Beatriz Viterbo.
- Pick, D. (1989). *Faces of Degeneration. A European Disorder, c. 1848-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Romero, J. L. (1975). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, L. A. (2001). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Salto, G. (2002). En los límites del realismo, un libro extraño. En Jitrik, N., *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 6. Buenos Aires: Emecé.
- Sicardi, F. (1894). *Libro extraño*. Barcelona: F. Granada y C. Editores.
- Vrettos, A. (1995). *Somatic Fictions. Imagining Illness in Victorian Culture*. Stanford: Stanford University Press.
- Zanetti, S. (Comp.) (1997). *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Buenos Aires.

Fecha de recepción: 07/07/2004 • Fecha de aceptación: 05/11/2004